LIBRO QUINTO

LAS ALMAS

I

La producción de las almas es el secreto del abismo. ¡Qué sombra lo innato! ¿Qué es esa condensación de lo desconocido que se forma en las tinieblas, y de dónde surge bruscamente esa luz? ¿Un genio? ¿Cuál es la regla de esas apariciones? ¡Oh amor! El corazón humano cumple su misión en la tierra, agita las profundidades. ¿Qué es ese incomprensible encuentro de la sublimación material y la sublimación moral en el átomo? ¡Qué maravilla el átomo! Sin dimensión, sin extensión, ni altura, ni ancho, ni espesor, sin podérsele aplicar ninguna medida y ¡todo en este nada! Para el álgebra, punto geométrico. Para la filosofía, alma. Como punto geométrico, base de la ciencia; como alma, base de la fe. Esto es el átomo. Dos urnas, los sexos, toman la vida en el infinito, y el derramamiento de la una en la otra produce el ser. Esta es la norma para todos, tanto para el animal como para el hombre. Pero el hombre más que hombre ¿de dónde viene?

¿Cuál es la fuerza que evoca, incorpora y reduce á humana condición, á esa suprema inteligencia que es el gran hombre aquí abajo? ¿Cuál es, en este prodigio, la parte de la carne y la de la sangre? ¿Por qué ciertas chispas terrestres van á buscar á ciertas moléculas celestes? ¿Dónde se hunden esas chispas, dónde

van? ¿Cómo lo verifican? ¿Cuál es ese don del hombre de prender fuego á lo desconocido? ¿Hay algo más formidable que esa mina que es el infinito, esa extracción que es un genio? ¿De dónde sale todo eso? ¿Por qué, en un momento dado, éste y no aquél? Aquí, como en todas partes, aparece y desaparece la incalculable ley de las afinidades; se entrevé, pero no se vé. ¡Oh forjador del abismo! ¿Dónde estás?

En la composición de las almas entran las cualidades más diversas, más complejas, más opuestas en apariencia. Los contrarios no se excluyen; lejos de ello, se completan. Tal profeta contiene un comentador; tal mago es un filólogo. La inspiración conoce su oficio. Todo poeta es un crítico; ejemplo: el excelente folletín de teatro que Shakespeare pone en boca de Hamlet. Tal espíritu visionario es al propio tiempo preciso; como Dante, que escribe una retórica y una gramática. Tal espíritu exacto es al mismo tiempo visionario; como Newton, que comenta el *Apocalipsis;* como Leibnitz, que demuestra, *nova inventa logica*, la Santísima Trinidad. Dante conoce la distinción de las tres clases de palabras, *parola piana, parola sdrucciola, parola tronca;* sabe que la piana da un troqueo, la sdrucciola un dactilo y la tronca un yambo. Newton está segurísimo de que el Papa es el anticristo. Dante combina y calcula, Newton sueña.

En esta obscuridad no hay ley ponderable, ningún sistema es posible. Las adherencias y las cohesiones cruzan revueltamente sus corrientes. En un momento dado, diríase que se va á sorprender el fenómeno de la transmisión de la idea, y parece verse perfectamente una mano que coge la antorcha al que se va para dársela al que llega. Por ejemplo, el año 1642 es un año raro. Galileo muere, Newton nace. Está bien. Tomad un hilo, probad de anudarlo; se rompe enseguida. He aquí una desaparición:

el 23 de Abril de 1616, casi en el mismo minuto, mueren Shakespeare y Cervantes. ¿Por qué en un mismo momento se apagan estas dos luces? Ninguna lógica aparente. Un torbellino en la noche.

Enigmas á cada instante. ¿Por qué Cómodo sale de Marco Aurelio?

Estos problemas eran la obsesión de Jerónimo, el hombre del antro, este Isaías del Nuevo Testamento, en el desierto; interrumpía las preocupaciones de la eternidad y la atención al clarín del arcángel para meditar sobre un alma de pagano que le interesara. Calculaba la edad de Perseo, relacionando esa investigación á alguna posibilidad de salvación para ese poeta, al que el cenobita tenía afección á causa de su severidad; y nada hay tan sorprendente como ver á ese feroz pensador disputándose con Rufino y Teófilo de Alejandría, semidesnudo sobre la paja como Job, por una cuestión frívola en apariencia, como el nacimiento de un hombre, haciéndole notar Rufino que se equivoca en sus cálculos, y que habiendo nacido Perseo en Diciembre, bajo el consulado de Fabio Pérsico y de Vitelio, y habiendo muerto en Noviembre, bajo el consulado de Publio Mario y de Asinio Galo, esas épocas no corresponden rigurosamente con el año II de la bicentésima tercera olimpíada y con el año II de la bicentésima décima, fechas fijadas por Jerónimo. El misterio solicita de este modo á los contempladores.

Más de un soñador rehace esos cálculos casi salvajes de Jerónimo, ú otros parecidos. En la eterna aventura del soñador no se encuentra el punto de parada; como Arquímedes, se pasa de una espiral á otra, y de una á otra zona, como Alighieri, se cae revoloteando en un pozo circular. Choca contra la rígida pared donde se desliza el rayo pálido. A veces encuentra la certeza como un obstáculo y la claridad

como un temor. Sigue adelante. Es el pájaro bajo la bóveda. Es terrible. No importa. Se sueña.

Soñar es pensar sin limitación. *Passim.* ¿Qué es el nacimiento de Eurípides durante esa batalla de Salamina, donde Sófocles, adolescente, ruega, y Esquilo, hombre hecho, combate? ¿Qué es el nacimiento de Alejandro en la noche del incendio del templo de Éfeso? ¿Qué lazo hay entre ese templo y ese hombre? ¿Es el espíritu radiante y conquistador de Europa que destruído bajo la forma de obra maestra, reaparece bajo la forma de héroe? No olvidéis, pues, que Tesifonte es el arquitecto griego del templo de Efeso. Señalábamos hace poco la simultánea desaparición de Shakespeare y Cervantes. He aquí otra no menos sorprendente. El día en que Diógenes muere en Corintia, Alejandro muere en Babilonia. Estos dos cínicos, el uno de los harapos, el otro de la espada, se marchan juntos, y Diógenes, ávido de gozar de la inmensa luz desconocida, le dice todavía una vez más á Alejandro: *Retírate de mi sol.*

¿Qué significan ciertas concordancias de los mitos representados por los hombres divinos? ¿Cuál es esta analogía entre Hércules y Jesús, que extrañaba á los padres de la Iglesia, que indignaba á Sorel, pero que edificaba á Du Perron, y que hace de Alcides una especie de espejo material de Cristo? ¿No hay comunidad de alma, y sin darse cuenta, comunicación entre el legislador griego y el legislador hebreo, creando al mismo tiempo, sin conocerse y sin que el uno sospeche la existencia del otro, el primero el areópago y el segundo el sanedrín? ¡Extraña semejanza la de los jubileos de Moisés y de Licurgo! ¿Qué son esas paternidades dobles, paternidad del cuerpo, paternidad del espíritu, como la de David por Salomón? Vértigos. Escarpaduras. Precipicios.

Quien mira demasiado tiempo ese horror, siente

subírsele la inmensidad á la cabeza. El sueño que está en sí, se encuentra fuera de sí. Todo es indistinto. Muévense confusas blancuras. ¿Son almas? Apercíbese en las profundidades el paso de vagos arcángeles. ¿Serán un día hombres? Os cogéis la cabeza entre las manos, procuráis ver y saber. Estáis en la ventana, junto á lo desconocido. La espesa niebla de los efectos y las causas, amontonadas unas tras otras, os envuelven por todas partes. El hombre que no medita, vive en la ceguera; el hombre que medita, vive en la obscuridad. Sólo tenemos la negrura para escoger. En esta negrura, que es hasta ahora casi toda nuestra ciencia, la experiencia tantea, la observación espía, la suposición va y viene. Si miráis ahí con demasiada frecuencia, os volvéis *vates*. Se apodera de vosotros la vasta meditación religiosa.

Todo hombre lleva un Patmos dentro de sí. Libre es de ir ó no ir á ese espantoso promontorio del pensamiento desde donde se perciben las tinieblas. Si no va, permanece en la vida ordinaria, en la conciencia ordinaria, en la virtud ordinaria, en la fe ordinaria, ó en la duda ordinaria; y está bien. Para el reposo interior, evidentemente es lo mejor. Si va á esa cima, queda preso. A su vista aparecen las profundas olas del prodigio. Nadie ve impunemente ese Océano. En adelante, será el pensador dilatado, agrandado, pero flotante; es decir, el soñador. Tocará en un punto al poeta, en otro al profeta. Ahora cierta cantidad de él pertenece á la sombra. En su vida, en su conciencia, en su virtud, en su filosofía, entra lo ilimitado. Aparece extraordinario á los demás hombres, teniendo una medida distinta de la suya. Tiene deberes que los otros no tienen. Vive en la plegaria difusa, y, ¡cosa extraña!, aferrándose á una certidumbre indeterminada, á la que llama Dios. En ese crepúsculo distingue lo bastante de la vida anterior y de la vida ulterior,

para coger esos dos extremos de hilo obscuro y anudar su alma en él. Quien ha bebido beberá, quien ha soñado soñará. Se obstina en ese abismo atrayente, en ese sondeo de lo inexplorado, en ese desinterés de la tierra y de la vida, en esa entrada en lo prohibido, en ese esfuerzo para palpar lo impalpable, en esa mirada hacia lo invisible, viene á ello, se revuelve, se apoya, da un paso, luego dos, y así es como penetra en lo impenetrable, así es como se va á los ensanches sin límites de la meditación infinita.

Quien baja á ella es Kant; quien cae en ella es Swedemborg.

Guardar su libre arbitrio en esa dilatación, es ser grande. Pero por grande que se sea no se resuelve el problema. Se asedia á preguntas al abismo. Nada más.

En cuanto á las contestaciones, allí están, pero mezcladas con la sombra. A veces, diríase que aparecen un instante los enormes trazos de las verdades, pero se encierran de nuevo y se pierden en lo absoluto. De todas esas cuestiones, la que entre todas causa la obsesión de la inteligencia y oprime el corazón, es la cuestión del alma.

Primera pregunta: ¿El alma existe? La persistencia del yo es la sed del hombre. Sin el yo persistente, para él toda la creación es sólo un inmenso ¿para qué? Escuchad también la aterradora afirmación que estalla en todas las conciencias. Toda la suma de Dios que hay en la tierra, todos los hombres la condensan en un grito único para afirmar el alma. Y luego, segunda pregunta: ¿Hay almas grandes?

Parece imposible dudarlo. ¿Por qué no ha de haber en la humanidad almas grandes, como hay grandes árboles en el bosque, como hay grandes cimas en el horizonte? Se ven grandes almas como se ven grandes montañas. Luego existen. Pero aquí la pregunta insiste; la pregunta es la ansiedad. ¿De dónde vienen?

¿Qué son? ¿Quién son? ¿Hay átomos más divinos que otros? Este átomo, por ejemplo, que aquí abajo estará dotado de irradiación, este que será Tales, este que será Esquilo, este que será Platón, este que será Ezequiel, este que será Macabeo, este que será Apolonio de Tiana, este que será Tertuliano, este que será Epicteto, este que será Marco Aurelio, este que será Nestorio, este que será Pelagio, este que será Gama, este que será Copérnico, este que será Juan Huss, este que será Descartes, este que será Vicente de Paúl, este que será Piranesio, este que será Wáshington, este que será Beethoven, este que será Garibaldi, este que será Jhon Brown, todos estos átomos, almas en función sublime entre los hombres, ¿han visto otros universos y traen su esencia en la tierra? ¿Quién envía los espíritus directores, las inteligencias guías? ¿Quién determina su aparición? ¿Quién es juez de la actual necesidad de la humanidad? ¿Quién escoge las almas? ¿Quién llama los átomos? ¿Quién ordena las marchas? ¿Quién premedita las llegadas? ¿Existe el átomo-guía, el átomo universal, el átomo lazo de unión de los mundos? ¿No está ahí la gran alma?

¿No existe esa función misteriosa para completar un universo por otro, compensar el menos del uno con el demasiado del otro, aumentar aquí la libertad, ahí la ciencia, allá el ideal, comunicar á los inferiores los patrones de la belleza superior, cambiar los efluvios, aportar el fuego central al planeta, armonizar los diversos mundos de un mismo sistema, dar prisa á los retrasados, cruzar las creaciones?

¿No la llenan inadvertidamente ciertos predestinados, que de momento y durante su paso por la humanidad, se ignoran en parte ellos mismos? Tal átomo, motor divino llamado alma, ¿no se emplea en hacer ir y venir á un hombre solar entre los hombres terrestres? Este hombre solar, ora sea el sabio, ora el vi-

dente, ora el calculista, ora el taumaturgo, ora el navegante, ora el arquitecto, ora el mago, ora el legislador, ora el filósofo, ora el profeta, ora el héroe, ora el poeta. La vida de la humanidad marchará por ellos. Su tarea será el deslizamiento de la humanidad. Esos troncos de espíritus arrastrarán el carro enorme. Desenganchado el uno, el otro continuará la marcha. Cada final de siglo será una etapa. Nunca habrá solución de continuidad. Lo que un espíritu habrá esbozado, otro espíritu lo terminará enlazando el fenómeno al fenómeno, algunas veces sin apercibirse de la soldadura. A cada revolución en los hechos, corresponderá una revolución proporcionada en las ideas, y recíprocamente. El horizonte no podrá ensancharse á la derecha, sin extenderse hacia la izquierda. Los hombres más diversos, á veces los más contrarios, se adherirán por lados inesperados, y en esas adherencias estallará la imperiosa lógica del progreso. Orfeo, Buda, Confucio, Zoroastro, Pitágoras, Moisés, Manes, Mahoma y otros, serán los eslabones de la misma cadena. A un Gutenberg, descubriendo el procedimiento de siembra de la civilización y el modo de dar ubicuidad del pensamiento, le seguirá un Cristóbal Colón, descubriendo un campo nuevo. A un Cristóbal Colón, descubridor de un mundo, seguirá un Lutero, descubridor de una libertad. Después de Lutero, innovador en el dogma, vendrá Shakespeare, innovador en el arte. Un genio perfecciona á otro.

Pero no en la misma región. El astrónomo se agrega al filósofo; el legislador es el ejecutor de las voluntades del poeta; el libertador armado presta ayuda al libertador pensador; el poeta corrobora al hombre de Estado. Newton es el apéndice de Bacon; Dantón deriva de Diderot; Milton confirma á Cromwell; Byron apoya á Botzaris; Esquilo, antes que él, ha ayudado á Milcíades. La obra es misteriosa para los mis-

mos que la ejecutan. Unos tienen conciencia de ella, otros para nada en absoluto. Las correlaciones se manifiestan sorprendentes á distancias muy grandes, en intervalos de siglos; la suavización de las costumbres humanas, empezada por el revelador religioso, la terminará el razonador filosófico, de tal manera que Voltaire continúa á Jesús. Su obra concuerda y coincide. Si esta concordancia dependiese de ellos, tal vez se resistirían ambos, el uno, el hombre divino, indignado en su martirio; el otro, el hombre humano, humillado en su ironía; pero ello es. Alguien que está muy alto lo arregla así.

Sí, meditemos sobre estas vastas obscuridades. El ensueño es una mirada que tiene la propiedad de mirar tanto en la sombra, que de ella hace salir la luz.

La civilización, propiamente hablando, es el desarrollo de la humanidad del interior al exterior. La inteligencia humana se hace radiante, y accionando sobre lo que tiene cerca, gana, conquista y humaniza la materia. Sublime domesticación. Este trabajo tiene fases; y cada una de estas fases que marca una edad en el progreso, la abre ó la cierra uno de esos seres que se llaman genios. Esos espíritus misioneros, esos legados de Dios, ¿no llevan en sí una especie de solución parcial de esa cuestión tan abstrusa del libre arbitrio? Siendo el apostolado un acto de voluntad, por un lado toca á la libertad, y por otro, siendo una misión, toca por predestinación á la fatalidad. El voluntario necesario. Tal es el Mesías, tal es el genio.

Ahora—pues todas las cuestiones relacionadas con el misterio son el círculo y no se puede salir de él—volvamos á nuestro punto de partida y á nuestra primera pregunta: ¿Qué es un genio? ¿No será un alma cósmica? ¿Será un alma penetrada por un rayo de lo desconocido? ¿En qué profundidad se preparan esas especies de almas? ¿Por qué preparaciones pasan?

¿Qué medios atraviesan? ¿Cuál es la germinación que precede á la aparición? ¿Cuál es el misterio del antenacimiento? ¿Dónde estaba ese átomo? Parece que sea el punto de intersección de todas las fuerzas. ¿Cómo vienen á converger todas las potencias y á anudarse en unidad indivisible en esa inteligencia soberana? ¿Quién ha incubado esa águila? ¡Qué enigma la incubación del abismo en el genio! ¿No han visto otra cosa esas altas almas, momentáneamente propias para la tierra? ¿Por eso nos llegan con tantas intuiciones? Algunas parecen llenas del sueño de un mundo anterior. ¿Les viene de ahí ese espanto que alguna vez tienen? ¿Es eso lo que les inspira palabras sorprendentes? ¿Es eso lo que les da ciertas turbaciones extrañas? ¿Es eso lo que les alucina hasta, por decirlo así, hacerles tocar cosas y seres imaginarios? Moisés tenía su pisacanto ardiente, Sócrates su demonio familiar, Mahoma su paloma, Lutero su pequeño demonio jugando con su pluma y al cual decía: ¡quieto ahí! Pascal su precipicio abierto que ocultaba con un biombo.

Muchas de esas almas misteriosas tienen evidentemente la preocupación de una misión. En ciertos momentos se conducen como si lo supiesen. Parecen tener una confusa certitud. La tienen. La tienen por el misterioso conjunto. La tienen también por el detalle. Juan Huss, moribundo, predijo á Lutero. Exclama: *Quemáis la oca* (Huss), *pero vendrá el cisne.* ¿Quién envía esas almas? ¿Quién las suscita? ¿Cuál es la ley de su formación anterior y superior á la vida? ¿Quién les provee de fuerza, de paciencia, de fecundación, de voluntad, de cólera? ¿En qué urna de bondad han ido á buscar la severidad? ¿En qué región del rayo han recogido el amor? Cada una de esas grandes almas recién venidas renueva la filosofía, ó el arte, ó la ciencia, ó la poesía, y rehace estos mundos á su imagen. Están como impregnadas de creación. Se separa á veces de esas almas una verdad que brilla sobre las cuestiones en que cae. Alguna de esas almas se parece á un astro goteando luz. ¿De qué manantial prodigioso salen, ya que son todas diferentes? Ni una deriva de otra y, no obstante, tienen de común que todas traen algo del infinito. Cuestiones inconmensurables é insolubles. Eso no impide decir á los pedantes y los capaces de darse importancia, señalando con el dedo el grupo sideral de los genios en lo alto de la civilización: No tendréis ya más hombres como esos. No se les igualará. Ya no quedan. Os declaramos que la tierra ha agotado su contingente de grandes espíritus. Ahora decadencia y cierre. Hay que tomarlo tal como es. Ya no habrá más genios. ¡Ah! ¡Vosotros habéis visto el fondo de lo insondable!

II

No, no se ha acabado todo. Tú no tienes delante el mojón, el límite, el término, la frontera. Tú no tienes en tu fin, como el verano el invierno, como el pájaro la laxitud, como el torrente el precipicio, como el Océano el rompeolas, como el hombre el sepulcro. Tú no tienes término. El «no irás más lejos» lo dices tú, pero no te lo dicen. No, tú no desenredas una madeja que disminuye y cuyo hilo se rompe. No, tú quedas corto. No, tu cantidad no decrece; no, tu espesor no se adelgaza; no, tu facultad no aborta; no, no es verdad que empiece á apercibirse en tu omnipotencia esa transparencia que anuncia el fin y á entrever detrás de ti otra cosa que tú. ¡Otra cosa! ¿Qué? El obstáculo. ¿El obstáculo á quién? ¡El obstáculo á la creación! ¡El obstáculo á lo inmanente! ¡El obstáculo á lo necesario! ¡Qué sueño!